



Los salmos
de Laudes y Vísperas
**LITURGIA, ORACIÓN,
ESPACIO Y VIDA**

lb⁵

dossiers **CPL**
editorial

SUMARIO

PRESENTACIÓN	7
LA LITURGIA DE LAS HORAS EN LA PARROQUIA (JAUME GONZÁLEZ PADRÓS).....	9
LOS SALMOS DE LAUDES Y VÍSPERAS (HILARI RAGUER).....	27
AMBIENTAR UNA IGLESIA (FRANCISCO RAYA).....	45
LOS ESPACIOS DE LA CELEBRACIÓN (JOSÉ ALDAZÁBAL)	63
LOS OBJETOS DE USO LITÚRGICO (JOSEP URDEIX)	77
LOS LIBROS DE LA SACRISTÍA (JORDI GUÀRDIA).....	99
CATEQUESIS Y LITURGIA (JOSEP MARIA ROMAGUERA)	117
QUÉ DIJO EL CONCILIO VATICANO II SOBRE LITURGIA (BERNABÉ DALMAU)	131
EL SANTUARIO, ESPACIO DEL SILENCIO PARA LA ESCUCHA (JOSEP ENRIC PARELLADA).....	149
LA LITURGIA CRISTIANA, CELEBRACIÓN Y VIDA (XAVIER AYMERICH).....	169
ÍNDICE.....	191

LOS SALMOS DE LAUDES Y VÍSPERAS

Hilari Ragner

1. UNA LITURGIA DE LA PALABRA

Los oficios de Laudes y Vísperas, como toda la Liturgia de las Horas, son liturgias de la Palabra, en las que hay un diálogo entre el pueblo que habla a Dios con salmos y cánticos y Dios que le responde con las lecturas bíblicas. Los materiales restantes (responsorios, antífonas, versículos, oraciones, colectas) son la guarnición.

Y de aquellos dos elementos fundamentales (salmos y lecturas), el más importante son los salmos, porque el Oficio Divino es sobre todo alabanza. Solamente en un oficio, que por ello se denomina Oficio de lectura, rompiendo con la tradición de los antiguos maitines, la salmodia es mínima y las lecturas son extensas.

2. LAUDES Y VÍSPERAS, HORAS PRINCIPALES

La Constitución *Sacrosanctum Concilium* del Vaticano II sobre la liturgia (SC), en su capítulo IV, dedicado al Oficio Divino, enseñó que “los Laudes, como oración matutina, y las Vísperas, como oración vespertina, doble eje del Oficio diario según la venerable tradición de la Iglesia universal, deben ser considerados y celebrados como las Horas principales” (SC 89 a).

Por eso se han reservado para estas Horas los salmos más importantes y más fáciles de entender; el resto se distribuyen entre el Oficio de lectura, la

La Liturgia de las Horas, obra de Cristo y de la Iglesia

El Sumo Sacerdote de la nueva y eterna Alianza, Jesucristo, al asumir la naturaleza humana, introdujo en este exilio terrestre el himno que se canta por todos los siglos en las moradas celestiales. Él mismo une a sí toda la comunidad humana y la asocia con Él, entonando este divino canto de alabanza (*Sacrosanctum Concilium* 83).

La Liturgia de las Horas, voz de la Iglesia

Cuando los sacerdotes y los que han sido destinados a esta tarea por la Iglesia, o los fieles conjuntamente con el sacerdote, oran en la forma establecida, entonces realmente es la voz de la misma Esposa la que habla al Esposo; más aún, es la oración de Cristo, con su mismo Cuerpo, al Padre (*Sacrosanctum Concilium* 84).

Hora intermedia y Completas. Y aún más: de entre estos salmos asignados a Laudes y a Vísperas, se han seleccionado los mejores para los domingos, y preferentemente para el domingo de la semana I, que se aplicarán también a las fiestas.

3. CRITERIOS PARA LA SELECCIÓN DE LOS SALMOS

El criterio general del Vaticano II había sido rezar el Salterio íntegro, pero no cada semana, como prescribía una regla tradicional que se tenía por intocable, sino repartido en más tiempo. La comisión que después preparó el Libro de la Liturgia de las Horas concretó la norma conciliar determinando que se rezara todo el Salterio en el ciclo de cuatro semanas. Pero, por expresa indicación de Pablo VI, se excluyeron tres salmos enteros (57, 72 y 108) y una serie de versículos y de estrofas enteras de muchos otros, considerados “imprecatorios”, es decir, de lenguaje duro que parece expresar odio o deseo de venganza contra los enemigos. Como dice la *Ordenación General de la Liturgia de las Horas* (OGLH), “la omisión de estos textos se debe a una cierta dificultad psicológica, a pesar de que los mismos salmos imprecatorios afloran en la espiritualidad neotestamentaria (por ejemplo, Ap 6,10), sin que en modo alguno induzcan a maldecir” (OGLH, 131).

Hay dos salmos que son objeto de una estima especial, y que por eso se rezan cada una de las cuatro semanas: el 50 (el *Miserere*, “Misericordia, Dios mío, por tu bondad”), que se reza todos los viernes como primer salmo de Laudes, y el 109 (“Oráculo del Señor a mi Señor”), con el que comienzan las II Vísperas de todos los domingos y fiestas. También el grandioso cántico cristológico de Filipenses 2 se lee cada sábado, en las I Vísperas de todos los domingos, como un pregón del misterio pascual del domingo.

4. SALMOS ESCOGIDOS PARA LAUDES

La salmodia de Laudes del antiguo breviario romano, mantenida hasta la reforma de Pío X, en 1911, establecía siete salmos. Se comenzaba siempre por el 50 (sustituido solo los domingos por el 92, más breve), seguido del 62 y del 66 y otro salmo que era distinto cada día de la semana: 99, 5, 42, 64, 89, 142 y 91. Venía después un cántico del Antiguo Testamento y se terminaba invariablemente con los tres salmos 148, 149 y 150, los tres últimos del Salterio, denominados *laudate* (“alabad...”) porque empiezan con esta palabra, y que dieron a esta Hora el nombre de Laudes. La práctica de acabar la salmodia matutina con los salmos 148, 149 y 150, que encontramos unánimemente en todas las liturgias, tanto orientales como occidentales, proviene probablemente de la sinagoga.

También la nueva Liturgia de las Horas utiliza estos tres salmos como final de la salmodia de Laudes, pero no recitando los tres seguidos cada día, sino solamente uno de los tres y solo los domingos: el salmo 149 el domingo I, el 148 el domingo III y el 150 los domingos II y IV. Se repite, pues, el 150, que es como el *Gloria al Padre* de todo el Salterio o, como dice Luis Alonso Schökel, “un himno a toda orquesta”, sin argumento, un puro estallido de alabanza que en el breve espacio de cinco versículos hace sonar nueve instrumentos musicales distintos y grita diez veces “¡Aleluya!”.

Es significativa la tradición de comenzar Laudes con el salmo penitencial por excelencia, el 50, el *miserere*, y terminar con los *laudate*: la alabanza debe salir de un corazón purificado por la penitencia, tal como comenzamos la gran acción de gracias que es la Eucaristía con el acto penitencial.

El Libro de la Liturgia de las Horas posconciliar ha reducido la salmodia de Laudes a un primer salmo matinal, un cántico del Antiguo Testamento y un salmo final de alabanza. En el primer salmo de Laudes hay siempre una referencia a la mañana, a la luz, al día que empieza, a la resurrección o a la oración nocturna, a la vez que se espera el nuevo día como una visita del Señor. Hay que fijarse en esto porque es la razón por la que un salmo ha sido asignado a esta Hora, y así nos ayuda a celebrar el inicio del nuevo día:

- Salmo 62: “En el *lecho* me acuerdo de ti y velando medito en ti” (domingo I).
- Salmo 5: “Por la *mañana* te expongo mi causa” (lunes I).
- Salmo 35: “Tu *luz* nos hace ver la luz” (miércoles I).

- Salmo 56: “Elévate sobre el cielo, Dios mío, y llene la tierra tu gloria... despertaré a la *aurora*” (jueves I).
- Salmo 118, XIX: “Me adelanto a la *aurora* pidiendo auxilio” (sábado I).
- Salmo 117: “No he de morir, *viviré*” (domingo II).
- Salmo 41: “*De día* el Señor me hará misericordia” (lunes II).
- Salmo 42: “Envía tu *luz* y tu verdad: que ellas me guíen” (martes II).
- Salmo 76: “*De noche* extendiendo las manos sin descanso” (miércoles II).
- Salmo 79: “Oh Dios, restáuranos, que *brille* tu rostro y nos salve” (jueves II).
- Salmo 91: “Es bueno... proclamar por la *mañana* tu misericordia” (sábado II).
- Salmo 118, XIX: “Me adelanto a la *aurora* pidiendo auxilio” (sábado III).
- Salmo 89: “Los siembras año por año, como hierba que se renueva: que florece y se renueva por la *mañana*” (lunes IV).
- Salmo 107: “Despertad, cítara y arpa, despertaré a la *aurora*... Elévate sobre el cielo, Dios mío, y llene la tierra tu gloria” (miércoles IV).
- Salmo 142: “En la *mañana* hazme escuchar tu gracia” (jueves IV)
- Salmo 91: “Proclamar por la *mañana* tu misericordia y de noche tu fidelidad” (sábado IV).

5. SALMOS ASIGNADOS A VÍSPERAS

Para las Vísperas, en cambio, solo hay un salmo que aluda expresamente a la hora del atardecer: es el salmo 140: “Suba mi oración como incienso en tu presencia, el alzar de mis manos como ofrenda de la tarde” (primero de los salmos asignados a esta Hora, en las I Vísperas del domingo I). La llama encendida equivale a la ofrenda del holocausto perpetuo, que debía ofrecerse por la mañana y por la tarde. De los dos sacrificios del holocausto perpetuo, el del atardecer era el más importante: era la hora en que el profeta Elías, en el Carmelo, hizo descender fuego del cielo para consumir a las víctimas, y fue también la hora en que Jesús murió en la cruz. La llama encendida es símbolo de la oración sin la que los sacrificios no son agradables a Dios. Cuando, después de la destrucción del Templo de Jerusalén, ya no se pueden ofrecer sacrificios, los sustituye la oración vespertina, que será “como la ofrenda de la tarde”.

Aunque en la distribución actual solamente se utilice una vez cada cuatro semanas, este salmo 140 da la tónica de la espiritualidad de la oración vespertina, sean cuales sean los salmos que toquen. Es el salmo típico para la liturgia del lucernario, que consagra el momento en que la luz del sol se retira y se enciende el cirio o la lámpara (*lucerna*). Una vez al año celebramos la hora del lucernario con una solemnidad excepcional: es la bendición del cirio en la Vigilia Pascual.

De la distribución tradicional para las Vísperas, el nuevo *Libro de la Liturgia de las Horas* solo ha retenido el mencionado salmo 141 y la serie de salmos 109 a 113, asignados a las II Vísperas de domingo de las diferentes semanas. El 109, como ya hemos dicho, en cada una de las semanas, es el primero de las II Vísperas del domingo.

En Laudes había siempre un cántico del Antiguo Testamento junto con los salmos. En Vísperas antes no había cántico, pero la reforma posconciliar ha introducido cada día uno que, a diferencia del de Laudes, es del Nuevo Testamento.

La salmodia de las Vísperas consta de dos salmos y un cántico. La estructura es diferente de la de Laudes: en Vísperas tenemos primero los dos salmos y después el cántico. La razón es que algunos de los salmos de Vísperas son muy largos y se han dividido, como si fueran dos salmos, y no se podían separar los dos fragmentos con un cántico intercalado. Así, por ejemplo, el lunes II se reza el salmo 44, que canta las nupcias del Rey Mesías, dividido en dos partes: la primera describe al esposo y la segunda a la esposa, y después se lee el cántico de Efesios. A pesar de la división, al final de la primera parte del salmo también se dice el “Gloria al Padre”.

Cuatro de los cánticos de Vísperas están sacados de las cartas paulinas (Efesios, Filipenses, Colosenses y 1 Timoteo) y cuatro más del Apocalipsis. Como

Los salmos, espejo del alma

Me parece que, para quien salmodia, los salmos son como un espejo en el que se puede contemplar a sí mismo y descubrir los impulsos de su alma (San Atanasio de Alejandría, *Carta a Marcelino sobre la interpretación de los salmos*).

no se encontraron veintiocho cánticos, hay que repetirlos, particularmente los del Apocalipsis. En este libro las visiones suelen ir acompañadas de cánticos, muy importantes doctrinalmente. Los exegetas descubren en el Apocalipsis siete cánticos (los septenarios se suceden en todo el libro de punta a punta), pero los cuatro empleados en Vísperas resultan en algún caso un poco artificiales porque se han extraído de capítulos distintos y saltando versículos. El primero de los cánticos del Apocalipsis (Ap 4,11; 5,9.10.12) se emplea los martes de todas las semanas. El segundo (Ap 11,17-18; 12,10b-12a), los jueves. El tercero (Ap 15,3-4) los viernes. El cuarto (Ap 19,1-7) en las II Vísperas de cada domingo.

Las fiestas más importantes pueden tener salmos propios (o del común correspondiente: Virgen María, apóstoles, mártires, vírgenes, pastores, etc.) en Vísperas, pero en Laudes se emplean siempre como salmos festivos los del domingo I.

Pero sean cuales sean los salmos y cánticos asignados a esta Hora, las Vísperas se celebran al oscurecer y cuando muere el día, con el fin de dar gracias por todo lo que hemos recibido o lo que hemos hecho rectamente. Recordamos también la redención, por medio de la oración que levantamos “como incienso en tu presencia” y en la que “el alzar de mis manos” es “como ofrenda de la tarde” (Sl 140,2) (OGLH 39).

Dice Casiano en las Instituciones que esto se puede entender espiritualmente, en referencia a la víspera de la Cena y a la tarde del Calvario: “Aquella verdadera ofrenda de la tarde que el divino Redentor instituyó precisamente en la tarde en que cenaba con los apóstoles, inaugurando así los sacrosantos misterios de la Iglesia, y que ofreció al Padre en la tarde del día siguiente, que representa la cumbre de los siglos, alzando sus manos por la salvación del mundo” (cf. OGLH 39,2). Centrando nuestra esperanza en aquella luz que no conoce ocaso, “oramos y suplicamos para que la luz retorne siempre a nosotros, pedimos que venga Cristo a otorgarnos el don de la luz eterna” (San Cipriano; cf. OGLH 39,2).

6. CÁNTICOS DEL EVANGELIO

La Liturgia de las Horas nos pone en los labios cada día los tres cánticos del evangelio de la infancia según Lucas: el de Zacarías en Laudes, el de María en Vísperas y el de Simeón en Completas.

Detengámonos en los dos primeros, que corresponden a las Horas que nos ocupan. Estos cánticos son salmos del Nuevo Testamento, del mismo género

literario que los salmos del Antiguo. Una diferencia importante entre cánticos y salmos es que los primeros se incluyen en un contexto que facilita la comprensión, y en cambio los salmos nos han sido transmitidos sin contexto (no tienen valor histórico las indicaciones que en la Biblia encabezan algunos salmos; por ejemplo, el salmo 50: “Salmo de David, cuando el profeta Natán le visitó después que aquel se había unido a Betsabé”). En el caso de estos cánticos del evangelio, alcanzan su dimensión cristológica y eclesiológica por el contexto narrativo del evangelio de la infancia de Lucas: anuncio a Zacarías del nacimiento de Juan Bautista, anuncio a María del nacimiento de Jesús, acción de gracias de Simeón cuando José y María llevan al niño Jesús al Templo. Si no fuera por este contexto, los tres cánticos nos parecerían, por su tenor literal, todavía en la perspectiva del Antiguo Testamento. Eso es muy importante, porque nos autoriza a interpretar también en sentido cristiano todos los salmos, según el principio de Hilario de Poitiers, aparentemente ilógico pero teológicamente sólido: “No hay ninguna duda de que todo lo que los salmos dicen debe entenderse según la doctrina evangélica”.

El *cántico de Zacarías* (Lc 1,68-79) bendice a Dios porque proféticamente contempla la visita de Dios a su pueblo en la persona de un rey poderoso, del linaje de David, que salvará a Israel de los enemigos que le oprimían y así podrá darle culto con santidad y justicia. Pero este canto tomó una perspectiva cristiana con la introducción del v. 77: “irás delante del Señor... anunciando a su pueblo la salvación, el perdón de sus *pecados*”. Ahora los enemigos ya no son los egipcios, los filisteos o los asirios, sino los propios pecados. Es el reino de Dios tal como Jesús lo anunciará e implantará. El cántico de Zacarías expresa el sentido de la hora matutina por las palabras finales: “Por la entrañable misericordia de nuestro Dios, nos visitará el sol que nace de lo alto, para iluminar a los que viven en tinieblas y en sombra de muerte, para guiar nuestros pasos por el camino de la paz”. “Esta Hora... trae además a la memoria el recuerdo de la resurrección del Señor Jesús, que es la luz verdadera que ilumina a todos los hombres y el sol de justicia que nace de lo alto” (OGLH 38).

El *cántico de María* (Lc 1,46-55) contraponen la grandeza de Dios a la pequeñez de su sirvienta. El Señor ha mirado la humildad de su esclava y ha hecho obras grandes en ella, que no tiene más mérito que haber creído y haber dejado que se realizara en ella la Palabra del Señor. Este cántico es una formulación poética y en tono de alabanza de un principio fundamental del Evangelio, que Jesús predicó repetidamente y con palabras distintas: “Todo

el que se enaltece será humillado; y el que se humilla será enaltecido”; “El que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por el Evangelio, la salvará” (Mc 8,35; cf. Mt 10,39; 16,25; Lc 9,24; 17,33); “El más pequeño de vosotros es el más importante” (Lc 9,48); “El que quiera ser grande, sea vuestro servidor; y el que quiera ser primero, sea esclavo de todos. Porque el Hijo del Hombre no ha venido para que le sirvan, sino para servir y dar su vida en rescate por todos” (Mc 10,43-45; cf. Mt 10,43-44).

No solo lo predicó, sino que lo practicó, tal como proclama el cántico paulino de Filipenses, que viene a ser un pregón con el que las I Vísperas de los cuatro domingos proclaman el inicio de la celebración de la Pascua dominical: “Se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo... se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz. Por eso Dios lo levantó sobre todo...” (Flp 2,6-11).

El cántico de Zacarías, al final de Laudes, y el de María, al final de Vísperas, nos invitan a descubrir y celebrar en los salmos del Antiguo Testamento el misterio de Cristo y de la Iglesia. Los antiguos Padres de la Iglesia citaban los salmos diciendo “Como dice el profeta...”, porque entendían el Salterio, atribuido globalmente a David, como una gran profecía de Cristo y de la Iglesia.

7. AYUDAS PARA REZAR CON LOS SALMOS

Dice la OGLH:

Tres cosas hay en la tradición latina que contribuyeron grandemente a la inteligencia de los salmos o a su adaptación para la oración cristiana, a saber: los títulos, las oraciones sálmicas y, sobre todo, las antífonas (núm. 110).

Los *títulos* que en la actual Liturgia de las Horas se anteponen a cada salmo “denotan su sentido e importancia para la vida del creyente” (OGLH 111). El sentido cristológico es sugerido más bien por un pensamiento extraído del Nuevo Testamento o de comentarios de los Padres, y que también encontramos en el Libro, en letra más pequeña, encabezando cada salmo. A diferencia de las colectas sálmicas y de las antífonas, los títulos no son por ellos mismos para ser leídos en voz alta durante las celebraciones, sino solo para ilustración personal de cada uno de los que salmean. Con todo, pueden ser ocasionalmente empleados a guisa de moniciones, sobre todo para la celebración con grupos no iniciados en la Liturgia de las Horas.

Las *colectas sálmicas* se han redactado para ser dichas a continuación de un salmo, después de un breve intervalo de silencio. Sirviéndose de expresiones, de imágenes, a veces solo de palabras tomadas del salmo que ha precedido, las colectas sugieren, e incluso a veces expresan formalmente realidades cristianas. Las puede crear quien preside, improvisadas o, mucho mejor, previamente preparadas. Por su necesaria brevedad, no pueden pretender dar un resumen del contenido doctrinal del salmo, y menos aún alargarse como en una paráfrasis: bastará con recoger algún aspecto del salmo y concretarlo en una plegaria. Tienen la libertad de desplegar, como un relámpago, el nuevo sentido de cualquier palabra o concepto. Por eso son posibles muchas colectas distintas sobre un mismo salmo, en función de lo que sugieren la fiesta, el tiempo litúrgico, la hora celebrada o la vivencia personal o comunitaria (cf. OGLH 112).

Tanto si se dice una colecta como si no, cada uno (sobre todo si se reza a solas) debería formular su propia colecta antes de pasar al salmo siguiente. Aunque sea en los breves segundos que dura el *Gloria*, es bueno resumir (“colecta” viene de *colligere*, recoger) el salmo que se acaba de decir, repitiendo uno de sus pensamientos y dándole una concreta aplicación personal.

Según OGLH 110, las *antífonas* son el elemento principal para ayudar a la comprensión de los salmos y convertirlos en plegaria cristiana. La forma más antigua de salmodia era la responsorial: una frase de respuesta (*responsum*) que el pueblo repite después de cada versículo, o de cada estrofa del salmo, declamada o cantada por un salmista. La encontramos en los salmos 135 (después de cada versículo) y 106 (después de cada sección). La Iglesia primitiva adoptó esta práctica: “El salmo que hemos escuchado, y al que habéis respondido cantando...” (San Agustín, *Enarrationes in Ps* 46,1). También Egeria testifica que en Jerusalén los fieles “responden” a los salmos. Esta fue la única forma de salmodia hasta el siglo IV.

La historia de la manera de salmodiar es aleccionadora para nuestra práctica pastoral. La salmodia antifonal apareció a partir del siglo VI y desplazó rápidamente a la responsorial. Pero la evolución semántica de la denominación ha sido notable. *Antiphona* era originariamente un plural neutro griego, que literalmente significaba “sones contrarios” o “contrapuestos”. Al principio designaba un canto a octavas, y más tarde un canto alternado a dos coros. Los coros de las tragedias griegas lo utilizaron como uno de sus recursos dramáticos más característicos. Algunos autores han creído poder descubrir

vestigios de canto a dos coros en la Biblia; por ejemplo, en Éxodo 15,1-4, o en el salmo 117. Su uso entre los cristianos parece que comenzó en la Iglesia siria oriental (actual Irak). De allí se difundió a occidente a través de Milán, donde san Ambrosio, cuando los fieles se encerraron en la basílica catedral para impedir que la ocuparan los arrianos, “dispuso que se cantaran himnos y salmos según la costumbre oriental, con el fin de que el pueblo no se consumiera por el tedio de la tristeza” (San Agustín, *Confesiones*, IX 7,15). Basilio describe un oficio vigiliar mixto entre antifonal y responsorial en Cesarea de Capadocia hacia el año 375:

Hacia el final de la noche, el pueblo se dirige a la casa de oración [...] y, después de una oración en silencio, todos se ponen de pie para la oración de los salmos. Primero, divididos en dos coros, salmodian alternadamente [...]; después, dejando que un solo cantor entone la melodía, los demás le responden. Y así se pasa la noche en la variedad de la salmodia (*Epist.*, 207,3).

La evolución de este tipo de salmodia hizo que acabara convirtiéndose prácticamente en una salmodia responsorial. Si en su origen era la alternancia de dos coros a voces diferentes, que cantaban a octavas, cuando se difundió en occidente designaba simplemente el canto a dos coros. Pero como la participación del pueblo en este canto exigía o saberse el salmo de memoria o libros de coro (y saberlos leer), se tendió a hacer cantar al pueblo solo una frase o versículo, generalmente del mismo salmo, con una melodía fácil: “El pueblo no conoce el salmo entero; por eso se ha dispuesto que cante algún versículo apropiado que contenga alguna verdad sublime” (Juan Crisóstomo, *Homilía sobre el salmo 117*, que se había cantado respondiendo todo el pueblo: “Hoy es el día en que actuó el Señor”). Así, por una evolución empírica, la palabra “antífona” acabó por designar esta frase que el pueblo repetía, y que era como un verso responsorial.

Cualquier salmo es susceptible de múltiples aplicaciones y proyecciones, porque los salmos son muy variados: no solo son diferentes los unos de los otros, sino que dentro de cada salmo suele haber variedad. La antífona sugiere un aspecto o una aplicación particular, que en el oficio ferial o de los domingos del tiempo ordinario es, simplemente, como si subrayara un versículo o un pensamiento cualquiera de aquel salmo, pero en los tiempos fuertes y en las fiestas nos hace repetir aquellas palabras del salmo más apropiadas al tiempo o a la festividad que celebramos. Por eso la OGLH regula minuciosamente el uso de las antífonas (núms. 113-120), con el fin

de orientar convenientemente la salmodia. Por medio de las antífonas, el Oficio se convierte en una verdadera escuela de oración litúrgica: a partir del salmo, pero más allá del salmo, la antífona sugiere el misterio que la liturgia nos quiere hacer contemplar y celebrar por medio de la salmodia. Por esto es importante fijarse en la antífona y dejarse llevar por ella.

En su forma más clásica, la antífona es un versículo del mismo salmo, pero el redactor litúrgico no dudará, si es necesario, en modificarlo, adaptarlo o incluso sustituirlo por otra frase, bíblica o extrabíblica.

Una segunda forma de antífonas se toman de la fiesta celebrada; por ejemplo, de las actas del mártir. Aunque sean actas legendarias, a menudo transmiten indicaciones preciosas de carácter histórico, y también buenas sugerencias para la celebración. En algunas fiestas de la Virgen María, las antífonas, independientes de los salmos, aportan una especie de telón de fondo sobre el misterio mariano celebrado. Lo podríamos comparar con el rezo del rosario, en el que meditamos las Avemarias con el telón de fondo del misterio de aquella decena.

El calendario de la oración

Este es el calendario litúrgico para el año de gracia de 1957. ¿Un libro árido y sin interés? Bien al contrario, es un libro precioso y lleno de significado (...). Porque, ¿qué puede haber más hermoso, en la previsión de nuestro tiempo, que saber cuándo y cómo lo dedicaremos a hablar con Dios? (...) He aquí el plan de esta actividad primaria, la oración, a la que está consagrada la vida de los sacerdotes y de los religiosos; quizás también algún buen laico los acompañará en el camino de la salmodia.

Este es un plan que registra cada hora; día y noche tienen su función bien determinada, y cada momento tiene su peculiar tonalidad espiritual; fiestas y ferias alternan. Cristo, sol de las almas, sella los momentos diurnos y nocturnos y describe en nuestro ciclo espiritual la órbita, siempre nueva y siempre maravillosa, de su Vida, fuente de misterios, de gracia y de ejemplos; después, María y los santos le coronan. Sí: esta es la *corona anni benignitatis Dei*, ¡la corona anual de la benignidad de Dios! (G.B. Montini, *prefacio al calendario litúrgico de la archidiócesis de Milán para el año 1957*).

También en los responsorios encontraremos unos que son extraídos de la lectura anterior, bíblica o patristica, y otros que son independientes.

La antifona puede cambiar radicalmente la orientación predominante del salmo, según nos insista en un versículo o en otro. Así, el salmo 129, que con la antifona “Desde lo hondo” es uno de los siete salmos penitenciales, puede celebrar la alegría y la esperanza de la Navidad con una antifona sacada del v. 7: “Del Señor procede la misericordia, la redención copiosa”.

Además de las tres ayudas que cita la OGLH 110, debemos recordar el *Gloria al Padre* tradicionalmente añadido al final de cada salmo. “El *Gloria* es la conclusión adecuada que recomienda la tradición y que da a la oración del Antiguo Testamento un sentido laudatorio, cristológico y trinitario” (OGLH 123). La forma más antigua de esta doxología trinitaria era: “Gloria al Padre, y al Hijo y al Espíritu Santo, ahora, y siempre y por los siglos de los siglos. Amén”, pero ya el sínodo de Vaison, en el año 529, ordenó añadir: “como era en el principio”. Las Iglesias orientales, de acuerdo con su propia teología trinitaria, dicen: “Gloria al Padre, *por el Hijo*, en el Espíritu Santo”. En la práctica, el *Gloria* tendrá para nosotros una doble utilidad: Primero, “cristianizar” el texto del salmo, por duro que sea su lenguaje, con la orientación hacia la alabanza de las Tres Personas divinas; segundo, crear unos momentos para la recapitulación y síntesis cristiana, las actualizaciones o bien unas aplicaciones personales del salmo que se acaba de rezar, antes de pasar al salmo siguiente.

8. LOS SALMOS GUERREROS

Hemos dicho más arriba que, no por culpa de los salmos sino por razones pastorales, a causa de la general falta de formación bíblica y litúrgica, no se utilizan en la Liturgia de las Horas tres salmos y muchos versículos y estrofas enteras de muchos otros, por considerarlos “imprecatorios”, como si desearan que recayesen los peores males contra los enemigos.

Pero con este recorte no hemos resuelto el problema, porque en los mismos salmos de Laudes y Vísperas, que han sido conservados y seleccionados como los mejores y más fáciles, y aunque también en ellos los redactores del Libro de la Liturgia de las Horas han hecho correr las tijeras, nos quedan todavía no pocos versículos de tono guerrero, que si no se entienden cristianamente repugnan al rechazo de la guerra y a la convicción pacifista tan extendida en la sociedad actual, sobre todo entre los jóvenes. Pongamos solo dos ejemplos de dos salmos muy utilizados. Cuando cantamos el salmo 149, empleado al final

de Laudes del domingo I y en las solemnidades y fiestas, nos identificamos con “los fieles del Señor”, que tienen “espadas de dos filos en las manos” para “sujetar a los reyes con argollas y a los nobles con esposas de hierro”. Y el salmo 109, el más importante de todos, que rezamos todos los domingos en las II Vísperas, dice que el Señor hará de los enemigos del Mesías “estrado de sus pies”, que “quebrantarán a los reyes el día de su ira”. También el salmo 71 (Vísperas jueves II), un bonito salmo mesiánico que augura al rey que dominará de mar a mar, que sus rivales se inclinarán en su presencia y que sus enemigos morderán el polvo, y que los reyes de Tarsis, Saba y Arabia le tendrán que pagar tributo (por esto la liturgia lo aplica a la Epifanía). Y podríamos mencionar muchos otros versículos de Laudes y de Vísperas.

El problema no ha quedado del todo resuelto, y no tiene solución si no sabemos hacer la transposición cristiana, sin violentar el texto sagrado, pero interpretándolo a la luz del Evangelio. Para esta transposición cristiana sugiero tres pistas.

Victoria pascual. La liturgia pascual canta la victoria de Cristo en la cruz. Ha vencido no matando sino muriendo. Con estos salmos podemos proclamar el triunfo del Señor, que en Getsemaní rechaza la espada de Pedro y le dice: “¿Piensas que no puedo yo rogar a mi Padre, que pondría al punto a mi disposición más de doce legiones de ángeles?” (Mt 26,53). Las imágenes románicas de Cristo en majestad representan a Jesucristo reinando desde la cruz, con corona real en lugar de la de espinas.

Elogio de los salmos

¿Qué hay más agradable que los salmos? (...). Los salmos son bendición del pueblo, alabanza de Dios, elogio de los fieles, aplauso de todo el mundo, lenguaje universal, voz de la Iglesia, profesión armoniosa de nuestra fe, expresión de nuestra entrega total, gozo de nuestra libertad, clamor de nuestra desbordante alegría. Los salmos calman nuestra ira, alejan nuestras preocupaciones, nos consuelan en nuestras tristezas. De noche son un arma, de día una enseñanza (...). Con los salmos celebramos el nacimiento del día, y con los salmos cantamos su ocaso (San Ambrosio, *Comentario al salmo 1*).

Evangelización de los pueblos. “Las espadas de dos filos” del salmo 149 son el anuncio del Evangelio. “La Palabra de Dios es viva y eficaz, más tajante que espada de doble filo, penetrante hasta el punto donde se dividen alma y espíritu, coyunturas y tuétanos. Juzga los deseos e intenciones del corazón” (Hb 4,12).

O aquel caballero que el vidente del Apocalipsis ve en el cielo: “Su nombre es ‘la Palabra de Dios’... De su boca sale una espada afilada para herir con ella a los paganos; él los regirá con cetro de hierro; él pisa el lagar del vino de la furiosa cólera de Dios, el Todopoderoso. Lleva escrito un nombre en su manto y en su muslo: *Rey de Reyes y Señor de Señores*” (Ap 19,13-16).

A imitación de su Maestro, los apóstoles no difundieron la Iglesia matando, sino muriendo; no por la fuerza del poder o la riqueza, sino por la predicación del Evangelio. Con estos salmos podemos cantar la actividad misionera de la Iglesia y la nueva evangelización de los viejos países descristianizados.

El combate espiritual. Los autores espirituales suelen hablar, metafóricamente, del combate ascético. También nosotros podemos dar a los salmos guerreros un sentido alegórico e individual, de lucha para vencer los pecados y progresar en las virtudes. Entonces ya no pensamos en los enemigos de fuera, sino en los que cada uno tiene en su interior: pecados y tentaciones, que hay que extirpar con toda fortaleza. Esta interpretación alegórica, legitimada por la tradición, no sería válida como argumento teológico, pero de cara a la piedad personal es perfectamente lícita y muy provechosa.

9. POSIBILIDADES DE ADAPTACIÓN DE LA SALMODIA

Con el deseo de facilitar la celebración popular de la Liturgia de las Horas, se ha superado el rubricismo rígido y casi supersticioso que daba más importancia al cumplimiento detallista de las normas y a decir materialmente una determinada cantidad de salmos (*pensum servitutis*) que a la auténtica oración. Ahora se prevé una flexibilidad en las celebraciones, y por tanto también en la elección de los salmos. El objetivo es que, como dijo el Concilio, la celebración de la Liturgia de las Horas no sea simplemente el cumplimiento de una obligación, sino que se convierta en “fuente de piedad y alimento de la oración personal” (SC, 90).

Las razones para las modificaciones pueden ser dobles: pastorales o espirituales (OGLH, 252). Pastorales serán cuando se celebra el Oficio con una asamblea que no está acostumbrada a la Liturgia de las Horas y a la plegaria

de los salmos. Según qué salmos tocasen aquel día, no sería positiva la experiencia, y valdrá más sustituirlos por otros que sean de más fácil comprensión y que no tengan versículos extraños. Razones espirituales serán unas circunstancias de actualidad o una conmemoración que dan a la persona o al grupo que reza el Oficio una perspectiva especial.

Esta es la razón de los oficios votivos, que no vienen impuestos por el calendario litúrgico sino que los ha sugerido algún acontecimiento o la devoción personal. Hay que procurar que la oración no se disocie de la vida: “Se dan también de un modo ocasional ciertas circunstancias en las que es lícito elegir salmos adecuados” (OGLH, 52).

Así también, por razones pastorales, se podrá cambiar el formulario de la celebración, a excepción de los domingos y fiestas que tengan formularios propios o apropiados, y a condición que se respete la ordenación general o esquema de cada Hora (himno, salmos, lectura, preces, colecta final). Los salmos del domingo de la semana en curso se podrán sustituir por los del domingo de otra semana, o incluso, si se trata de una celebración con pueblo, se podrán escoger libremente otros salmos, “de forma que el pueblo sea llevado gradualmente a una mejor inteligencia de los mismos” (OGLH, 246 y 247).

10. SALVAR LA RIQUEZA DE LA SALMODIA

Sin embargo, “todos deben tener en la mayor estima la observación de todo el curso del Salterio distribuido a lo largo de las semanas” (OGLH, 252) y deben ser excepcionales las sustituciones de salmos, o de otros elementos de la Liturgia de las Horas. Si se cambiasen con demasiada frecuencia se perdería la sabia distribución que tenemos establecida, que pone a nuestro alcance la gran riqueza del Salterio.

Es una cosa parecida a lo que sucede con las lecturas de la misa: las que tocarían se pueden cambiar, en determinados casos, por otras lecturas de misas votivas o de algún común de santos, pero si lo que debería ser excepción deviene habitual se pierde el plan de lecturas bíblicas que ha de llevar al conocimiento global de las Sagradas Escrituras y se va a parar a un número reducido de lecturas que se repiten, con el consecuente empobrecimiento. Del mismo modo, la salmodia se empobrece si abandonamos demasiado fácilmente la rica variedad de salmos que la distribución que más arriba hemos explicado nos propone. Los salmos que nos parecen difíciles nos harán volver con gozo renovado a los más fáciles. Ceder a la facilidad de la

selección de salmos, aunque de momento parezca ventajoso, lleva a la larga a reducir los horizontes de la salmodia.

Finalmente, la ordenación de la salmodia, y de toda la Liturgia de las Horas, deja la puerta abierta a nuevas adaptaciones:

Se habrán de encontrar nuevas vías y nuevas formas para nuestro tiempo, tal como ha ocurrido siempre en la vida de la Iglesia (OGLH, 273).

Mis amados salmos

¡Salmos, mis amados salmos, pan cotidiano de mi esperanza, voz de mi servicio y de mi amor a Dios, alcanzad en mis labios vuestra plenitud! Amados salmos: vosotros no envejecéis, sois la plegaria que nunca se desgasta. Asumís, en la fe, toda la experiencia humana. Si tenéis esta importancia en mi vida, es porque la expresáis ante Dios (Y.-J. Congar, *Los salmos en mi vida*).